

4  
el monte de las Cruces; allí el caudillo inesperto la desairó in-  
cientemente, y ella resentida le volvió las espaldas.

Les diremos también á nuestros hijos, que desde entonces pa-  
reció abandonarnos la fortuna, y sin embargo, los sangrientos re-  
veces de la guerra hacían aparecer mil héroes, entre los cuales  
descollaba el inelito párroco D. José María Morélos que hizo vaci-  
lar la intrepidez y pericia de Calleja en el memorable sitio de Cuau-  
tla; mas terrible y glorioso que el de la infeliz Gerona: Mina que  
á la cabeza de un puñado de valientes, recorrió con la violencia  
de un rayo la vasta estension de la República: Matamoros, cuya  
bizarras tropas habrían emulado en serenidad y disciplina á los in-  
gleses y á los suizos: Bravo que con el aliento de un arcángel, dio  
libertad á trescientos prisioneros enemigos, en el momento que su-  
po haber sido sacrificado su padre en un patíbulo: Victoria dotado  
de esa inflexibilidad espartana que lo acompañó á la tumba: Ter-  
rán, Galeana, Rayón. . . . No acabaría, concludados, si hubiese  
de recorrer esa legión de héroes; la historia se ha visto precisada á  
cederles una hoja donde inscribir sus nombres y sus hechos, y si  
algun escritor los ha desfigurado ¡vive Dios, que nada pueden las  
reticencias y la impostura contra las creencias, contra el respec-  
table testimonio de una nación entera!

Si nuestros hijos nos preguntan: ¿qué se hicieron esos campe-  
nes ilustres? les contestaremos: el gobierno español, deseoso de con-  
servar sus colonias, pero ignorando sus verdaderos intereses, ac-  
dió desde luego al último, al mas ineffecto y mezquino recurso de  
un tirano, el espionaje, la proscripción, el cadalso, y en consecuen-  
cia, la mayor parte de esos hombres generosos, hicieron oblacion  
de sus vidas en las aras de la patria; no obstante, el fuego de la  
revolucion no se apagaba, si bien Apodaca con mas sagacidad y  
mejor política que la de sus antecesores llegó casi á darle término.

Pero ¿quién puede oponerse á los designios de Dios? Aquie-  
tados al parecer los ánimos y cansados, se conservaba en los ce-  
razones el sentimiento dulce de la libertad; y repentinamente, á la  
moribunda luz que alumbraba en el Sur los pasos del indomable  
Guerrero, se iluminó de nuevo el horizonte político, su claridad bien-  
hechora disipó las espesas sombras que cubrieron los ojos de Itur-  
bide durante once años, y lo obligaron á descargar su formidable  
espada sobre las cabezas de sus propios hermanos. Comenzó la  
era segunda de la Independencia: su germen regado con sangre  
y cultivado con las duras lecciones de la esperiencia, había produ-  
cido maduros frutos; para recojerlos y aprovecharlos se hacia ne-  
cesario un génio: D. Agustin de Iturbide que lo poseía tomó á su  
cargo tan dispendioso trabajo, y en ménos de siete meses, sin ca-  
sar lágrimas, sin verter mas que la sangre muy preciosa, vino  
ofrecer á la patria sus ricas primicias el día 27 de Setiembre  
de 1821.

El enfermo que transido de dolor vuelve súbitamente á la  
luz: el prisionero inocente que recobra su libertad; el hijo per-

16  
Nº 15.  
5  
que tras largos infortunios encuentra á sus padres: el náufrago des-  
fallecido que á favor de una tabla amiga cree resucitar como Lá-  
zaro para volverse al seno de su familia: el proscrito que habien-  
do sufrido el hambre y la miseria, pisa de nuevo la tierra de sus  
abuelos, podrán explicar únicamente la sensacion de regocijo su-  
blime que inundó en aquel dia venturoso al pueblo mexicano. Ese  
dia cada ciudadano vivió un siglo: en ese dia supremo los hombres  
se abrazaban aunque no se conociesen, y se saludaban con el orgu-  
llo en la frente y la sonrisa en los labios: entonces se derramaron  
lágrimas de felicidad que no volveremos á ver jamas.

Nuestros hijos, cómo es natural, nos preguntarán: ¿qué se hicie-  
ron Iturbide y Guerrero? nosotros, cubriendo entonces con una  
mano la sangrienta página donde se hallan los nombres de Padilla  
y Cuilapa, les diremos en voz baja; el torbellino de las pasio-  
nes los arrolló y desaparecieron. Volverán á interpelarnos, pi-  
diendonos cuenta de los tesoros de la Independencia, como legado  
que les pertenece; y volveremos á responderles: desde Yucatan  
hasta el Gila, desde el Rio Bravo hasta las feraces costas de  
Acapulco es vuestro aún; todavía tenemos tierras vírgenes y dila-  
tadas, donde recibir á millones de hermanos que arroja la Europa  
como un residuo de poblacion inútil, y nos ayudarán á hacernos  
respectables ante la República de Washington, dispuesta siempre á  
cometer el inieuo abuso de la fuerza, insultando al mas débil: te-  
nemos el derecho de gobernarnos por nosotros mismos, y, aunque  
es cierto que en las revueltas civiles hemos perdido la fe y la con-  
fianza, y abierto las puertas á la desmoralizacion, y dilapidado par-  
te de nuestra heredad, conservamos allá en el fondo del alma ín-  
tegro el sentimiento de la Independencia, y la mayor parte de  
nuestros hermanos no se han envilecido todavía, arrojándose á  
cometer el crimen de buscar padrastrós. Hemos pasado por la  
multitud de peligros y desgracias comunes á todas las naciones; pe-  
ro salvando siempre el reinado de la democrácia, y suspirando  
en nuestro espinoso camino por hallar la senda que nos guie á la  
felicidad nacional, puesto que el héroe de Iguales encargándose  
únicamente de consumir la Independencia, el dia mismo que ter-  
minó su grande obra nos dijo: "Ya sabéis el modo de ser libres,  
á nosotros toca señalar el de ser felices."

Y ciertamente, no engañaremos á nuestros hijos, porque la Re-  
pública existe, y con ella, intactos los elementos de prosperidad;  
si estos elementos no han sido explotados para emprender mejoras  
materiales, tenemos en cambio que la inteleccion ha ganado un  
vasto terreno en la region de las ideas, preparándose así á gozar  
de un golpe los beneficios de la civilizacion que invade por veinte  
puertos el corazon de la República; de la República, que cuenta  
ya entre sus glorias la abolicion de la esclavitud y de la distincion  
de razas, y que con una magnanimidad superior á la de Alejan-  
dro con el rey Poro, dejó á la ingrata Guatemala dueña de si  
misma. Tenemos por otra parte conquistado el principio demo-



erático, porque, ya lo véis, compatriotas, la democracia, así como en Europa, ha venido a ser hasta nuestros días el resultado de la ilustración, en México es ya un hecho, una necesidad religiosa que en vano se intentaría contrariar, porque ella, en contacto con el Evangelio, nos ofrece la igualdad ante la ley, la tolerancia de las ideas, el amor a todos los hombres, el estímulo del saber, la salvaguardia contra los privilegios de la nobleza, cuyos títulos en México no podrían ser otros que los del dinero, ridículos en verdad: la soberanía del pueblo; la democracia que arrancó la ciencia a los claustros, inundó con ella los liceos y las plazas, y quitándole el sayal del menje, la obligó a entrar en el taller del artesano, a recorrer los mares en las cubiertas de los navios, a explotar los senos de la madre tierra, y a ser la eterna compañera del hombre en su peregrinación sobre los campos: la democracia, en fin, que no es la doctrina de algún publicista iluso, ni la pretensión exagerada de un bando político, ni la utopía de los filósofos, como erróneamente lo ha creído un historiador de nuestros días, sino la consecuencia inevitable de la marcha social y filosófica de los pueblos que comenzaron a sacudir el yugo de la esclavitud, desde que los soberbios señores del feudalismo se alejaron para ir a estrellar su orgullo vano y salvaje en las murallas de Jerusalén.

De entonces acá, la libertad unida a la ciencia, anima el espíritu de los pueblos, y como la razón de los tiempos se conserva y no se corta el hilo de los acontecimientos, la humanidad encuentra que no ha habido discontinuación en su existencia; así ha llegado al siglo XIX cuyos precipitados sucesos han alterado las costumbres; del fondo de estas, se elevan continuos vapores y truenan en la región de la política las revoluciones; los tronos mismos se conmueven y la reforma lo amaga todo: los monarcas hacen concesiones, sueltan estremecidos su pretendida soberanía dejando a los pueblos el derecho de representarse: ¡ay del vencido! tras estas concesiones vendrán otras y otras, y finalmente, las coronas de los reyes se fundirán en el fuego de la libertad. Este aniquilamiento no se obrará mañana, pero se obrará; la lucha será prolongada, sangrienta, porque los reyes apurarán los últimos esfuerzos de la desesperación para disputar palmo a palmo su poder; pero lo perderán al fin. Los pueblos como los individuos, cuando se inician en los misterios de la política y adquieren la conciencia de su poder, aspiran al más alto grado de libertad que puedan proporcionarse.

Hé aquí, conciudadanos, los más preciosos restos del legado cuantioso que nuestros sucesores con más sabiduría y mejores elementos, sabrán explotar en provecho de nuestra patria, asegúratele una respetabilidad y una dicha imperecederas. Quizá me engaño, compatriotas; pero cuando contemplo en el continente americano esta vasta cadena de Repúblicas, colocadas en frente de la vieja Europa, cuyas caducas instituciones comienzan a desfallecer sintiéndose minadas en la misma Francia, en Polonia, y en Hun-

Nº 15.

gría y en Italia: cuando considero que los principios liberales en América, si bien han sido algunas veces contrariados, no han podido sofocarse; me parece ver un decreto de la Providencia que ha señalado al Nuevo Mundo como la cuna de la libertad universal; y si esto es así ¡qué esperanzas tan ricas, qué porvenir tan glorioso dejamos a nuestros nietos!

Mas para que esa herencia no sea un sueño, debemos ante todo rehabilitarnos y trabajar para reponernos en el lugar honroso que nos había dado la historia: debemos reconquistar la fe perdida, restaurar nuestras fuerzas a la sombra de la unión, resucitar el entusiasmo muerto y revestirnos de la circunspección y franqueza propias de un pueblo libre: debemos ante todo perpetuar la memoria de este día, para que las generaciones venideras no digan de nosotros: Los hombres de aquellos tiempos no se acordaban de la posteridad, pusieron en ridículo el entusiasmo, y todo se deshizo a escepción del dinero y del poder: vivieron en un tiempo en que el interés personal era el único principio de todas las acciones, y en efecto ¿qué simpatía, qué exaltación, qué entusiasmo puede producir nunca el interés personal? Mas dulce es pensar en aquellos tiempos de abandono, de sacrificio y de heroísmo, que han existido, no obstante y cuyas venerables huellas ostenta la tierra todavía.

Pero si caminamos por la senda contraria; si vosotros, depositarios del poder, no agotáis el último de vuestros recursos, perseverando siempre en buscar los medios de volvernos la moralidad, de aliviar las miserias del pueblo, de reanimar el espíritu público, de restablecer la confianza y procurar la unión tan necesaria para afianzar la paz de nuestra agitada sociedad, desocupad los puestos.

Vosotros jóvenes, los que alentéis un corazón franco y leal, si los recuerdos de este día no despiertan en vuestro pecho las nobles sensaciones de un denuedo marcial y patriótico; si alguna vez habéis de permitir que soldados extranjeros vengán a empañar con el aliento de su orgullo el brillo de nuestras armas, porque unos cuantos corazones pusilánimes, acosados con los reveses de la suerte, crean cobardemente que los mexicanos no pueden ya sostener la Independencia: si os ha de ser indiferente la honra de nuestros padres, y si no pensáis en imitar sus bizarros hechos; no profaneis con vuestra presencia este lugar consagrado al culto de los héroes, vuestras almas no han nacido para la gloria.

Y por último, conciudadanos todos: si no os apresuráis a poner cada uno el grano de arena que ha de reedificar nuestro edificio social; si queréis reposar en el seno del egoísmo, dejando a otros el penoso trabajo de constituirnos; si desalentados y venales pensáis no más que en el interés particular, esperando que por sí solos vengán tiempos bonancibles para gozar entonces quietamente los favores de la fortuna; si entregados a la inercia de un frío escepticismo, os lamentáis en secreto de la falta de espíritu público, y nuestros males los atribuíis únicamente a todos y a cada uno de los gobiernos, que sin el poder de obrar milagros, quisierais que os pusiesen



Nº 15.

-8-

en el colmo de la grandeza, cuando no pueden contar con la buena fe, ni con el patriotismo, ni con la abnegacion, ni con el desprendimiento, ni con la franqueza y lealtad que deben ser las principales virtudes de un pueblo republicano, entonces, compatriotas, no tendréis el derecho de quejaros, y os diré á mi vez „soy severo con las naciones, y creo que siempre merecen la suerte que tienen.”

Aquí debería yo concluir; pero me falta todavía que llenar un deber sagrado, el de bendecir á los hombres ilustres que nos dieron patria, á esos verdaderos héroes que con la resignacion de Isaac, y sin poder levantar el velo del futuro, se ofrecieron en holocausto por conquistarnos la dicha de llamarnos libres. ¡Sacerdote venerable, inmortal Hidalgo! yo te bendigo en nombre del pueblo queretano, que poseido de reconocimiento, consagra este dia á tu querida memoria. En estos momentos nuestra imaginacion te ve salir de la humilde parroquia de Dolores, y con tus cabellos blancos azotados por los vientos del Norte y tus ojos radiantes de entusiasmo, empuñar en las manos trémulas el estandarte de la libertad, y semejante al ángel de los Israelitas, blandir la espada vengadora sobre los fértiles campos de Guanajuato: en este solemne dia, para cantar tus glorias los oradores mexicanos, envidiamos al bardo de Lonclun: á esta hora tus numerosos hijos se agolpan en masa por todos los ángulos de la República á ofrecerte el sacramento, el voto de su nacionalidad; hoy los poetas fatigan su estro repitiendo tu nombre y los de tus magnánimos colaboradores, y derraman flores sobre los laureles de vuestras tumbas: yo tambien en mi desaliñada oracion mando las mias á todos y á cada uno de vosotros. Y tú, modestísimo Gonzalez, cuya cuna merecieron las virtudes en este suelo privilegiado, si la historia imperfecta ó injusta, no te ha colocado á la altura de los héroes, recibe al ménos en los débiles acentos de mi voz, el cariñoso saludo que te envian tus paisanos agradecidos: simbolo vivo de una época de gloria, has personificado hasta el dia, has reasumido la abnegacion y las virtudes de nuestros mayores; ojalá que nosotros advertidos de la grandeza de tu alma, y viendo en tí el perfecto modelo del pundonor y de la austeridad republicana, sepamos imitarte, y merecer, como tu has merecido, el don inestimable de la Independencia.

HE CONCLUIDO.

Juan de Dios Arias.

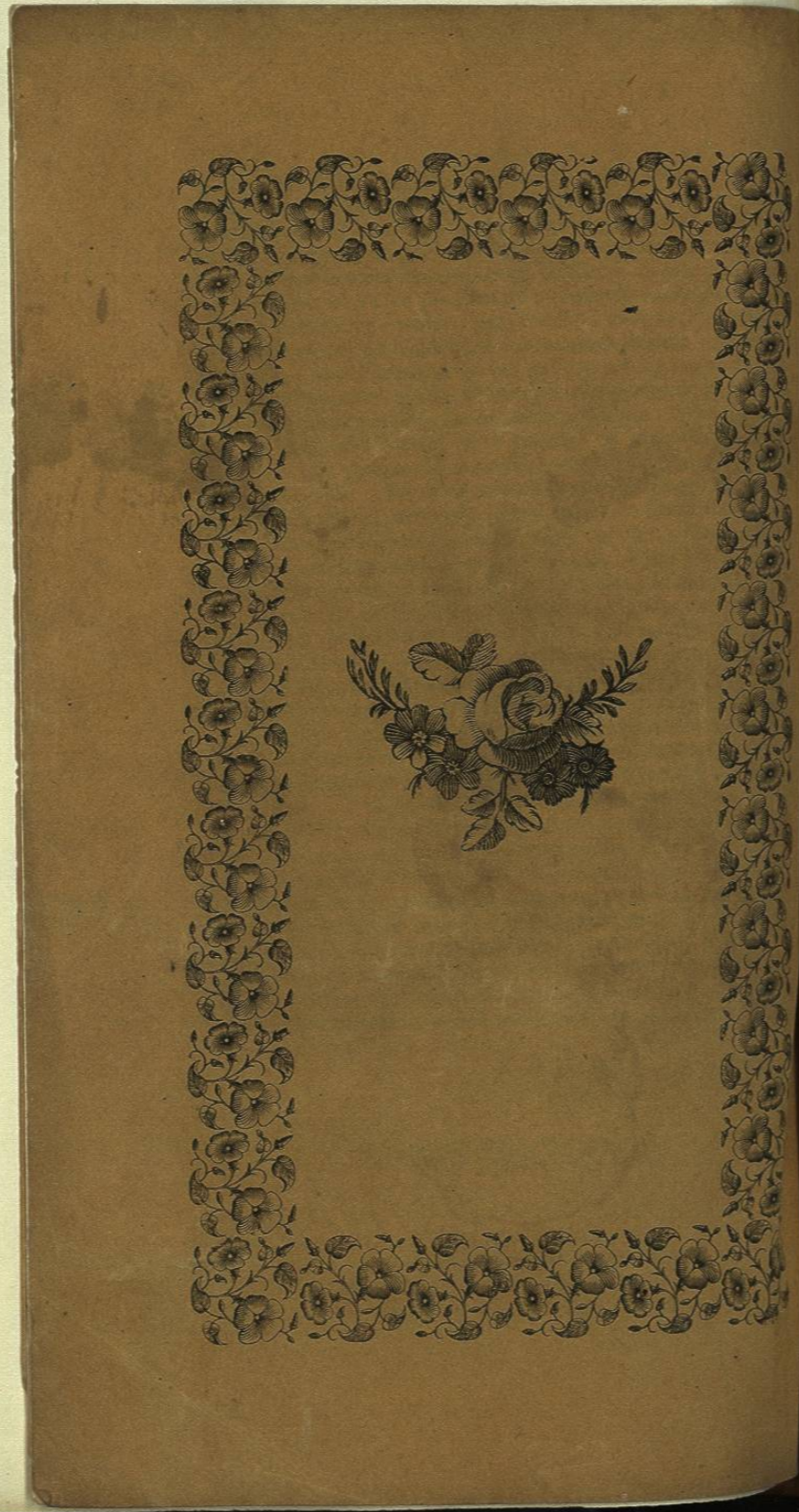


QUERÉTARO:—1853.

IMPRENTA DEL C. FRANCISCO FRIAS,  
calle de los Cinco Señores núm. 2.



41 21



16

№ 15.